

CAPÍTULO SEXTO

famoso caballero Tirante el Blanco.

— ¡Válame Dios — dijo el cura, dando una gran voz —, que aquí está Tirante el Blanco! Dádmelo acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudercas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros de este género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevalde a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho.

— Así será — respondió el barbero —, pero ¿qué hacemos de estos pequeños libros que quedan?

— Éstos — dijo el cura — no deben de ser de caballerías,

CAPÍTULO SEXTO

sino de poesía.

Y abriendo uno vio que era La Diana de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

—Éstos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por La Diana de Montemayor, soy de parecer que no se quemé, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue —dijo el barbero— es La Diana llamada segunda del Salmantino; y éste, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

CAPÍTULO SEXTO

- Pues la del Balmantino - respondió el cura - acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde. - Este libro es - dijo el barbero habiendo otro - Los diez libros. - Por las órdenes que recibí - dijo el cura - que desde que Apolo fue Apolo y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como éste no se ha compuesto, y que, por su camino, es el mejor y el más único de cuantos de este género han salido a la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmelo acá, comprade, que precioso más habetle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: - éstos que se siguen son El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares y Desengaños de celos.

- Pues no hay más que hacer - dijo el cura - sino entregarlos al brazo secolar del alma, y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

- Este que viene es El Pastor de Filida.

- No es ése pastor - dijo el cura -, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

- Este grande que aquí viene se intitula - dijo el barbero - Tesoro de varias poesías.

CAPÍTULO SEXTO

- Como ellas no fueran tantas - dijo el cura -, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene; guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

- Éste es - siguió el barbero - el Cancionero de López Maldonado.

- También el autor de este libro - replicó el cura - es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero hueca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él? - La Galatea de Miguel de Cervantes - dijo el barbero. - Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención: propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que propone: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

- Que me place - respondió el barbero -. Y aquí vienen tres

CAPÍTULO SEXTO

todos juntos: La Araucana de don Alonso de Ercilla, La Austriada de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y El Monserrato de Cristóbal de Virés, poeta valenciano.

- Todos esos tres libros - dijo el cura - son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Consiose el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba Las Lágrimas de Angelica.

- Llévalas yo - dijo el cura en oyendo el nombre - si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha

Estando en esto, comenzó a dar voces don Quijote, diciendo: — ¡Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los corterosos llevan lo mejor del torneo!

Por acudir a este ruido y estuendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos. La Carolea y León de España, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila, que sin duda debieron de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron a don Quijote, ya él estaba levantado de la cama y prosequía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reverses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo rosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo:

CAPÍTULO SÉPTIMO

- Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es de gran mengua de los que nos llevaban Doce Pares dejar tan sin más ni más llevar la victoria de este torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.

- Calle vuestra merced, señor compadre - dijo el cura -, que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está malferido.

- Ferido, no, - dijo don Quijote -, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Pernaldos de Montalbán, si en levantándome de este lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamientos; y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédase lo del vengarme a mi cargo.

Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos, admirandolos de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantas libras

CAPÍTULO SÉPTIMO

nada había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escribidor, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagau a las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entouces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantasen no los hallase — quizá quitado la causa cesaría el efecto —, y que dijeseu que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días, se levantó don Quijotē; y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volnía y revolnía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó a su ama que hacía qué parlē estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida

CAPÍTULO SÉPTIMO

de lo que había de responder, le dijo:

- ¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

- No era diablo - replicó la sobrina - sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y, quedándose de una siezpa en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno: sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al sueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que después se veía. Dijo también que se llamaba "el sabio Muritón".

- "Frestón", sólo sé que acabó en tón su nombre.

- Así es - dijo Don Quijote, que éste es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tenía ojeriza, que sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pudiese estorbar, y por esto procuro hacerme todos los sinsabores que puedo; y mójale yo que mal podrá él contradezir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

- ¿Quién duda de esto? - dijo la sobrina. Pero ¿quién le mete

Pliego 5

CAPÍTULO SÉPTIMO

a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias?
 ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por la lana y vuelven trasquilados?

- ¡Oh sobrina mía - respondió don Quijote -, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me trasquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer secundar sus primeros divaneos; en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resuscitase la caballería andante. El cura algunas veces le contradecía y otras coincidía, porque si no guardaba este artificio no había poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó don Quijote a un labra-

CAPÍTULO SÉPTIMO

dar vecino suyo, hombre de bien - si es que este título se puede dar al que es pobre -, pero de muy poca sal en la mollara. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él y servirle de escudero, de buena gana, porque tal vez le podía suceder una aventura que ganase, en quitarme allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos y osentó por escudero de su vecino.

Dio luego Don Quijote orden en buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbarandándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodose asimismo de una rodela que pidió prestada a su amigo y, pertrechando su rota cota de lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester. Sobre todo, le encargó que llevase, con presupuesto y llevar las alforjas. Él dijo que sí llevaría y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho al andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero andante, pero nunca le vino alguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto

CAPÍTULO SÉPTIMO

de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyose de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por

CAPÍTULO SÉPTIMO

Ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol noles fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo

-Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijotes

-Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o por lo mucho de marqués, de algún valle o provincia de poco más a menos; pero si tú vives y yo vivo bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tubiese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nonca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te

CAPÍTULO SÉPTIMO

prometo.

-De esa manera -respondió Sancho Panza-, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oído, vendría a ser reina, y mis hijos infantiles.

-Pues ¿quién lo duda? -respondió don Quijote.

-Yo lo dudo -replicó Sancho Panza-, porque tengo para mí que, aunque lluviese Dios reinas sobre la tierra, ninguno aventaría bien sobre la cabeza de Mori Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

-Encomiéndalo tú a Dios, Sancho -respondió don Quijote-, que Él dea lo que más le convenga; pero no apoyes tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

-No haré, señor mío -respondió Sancho-, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que esté bien y yo pueda llevar.



